

Sobre la desdicha: anotaciones en torno al más desdichado a través del estadio estético[†]

ANDRÉS ALARCÓN OCHOA*

*La vida se me antoja un brebaje amargo que, sin embargo,
debe ser consumido como a gotas, despacio, sin perder la cuenta.*
Kierkegaard

1**

El estadio estético en Kierkegaard es la primera de las etapas o formas de vida por las que pasa el hombre para llegar a su realización plena; estos estadios culminan en el religioso pasando por el ético. El hombre que se encuentra en el estadio estético vive bajo el dominio de la αἴσθησις, es decir, de la sensación o impresión sensible. Por lo tanto, el modo de vida del esteta es la inmediatez puesto que la sensibilidad es la facultad que posee el hombre por medio de la cual le son dados los objetos de forma inmediata y no mediados por la reflexión. Así pues, el esteta es el hombre determinado por la inmediatez de los sentidos y emociones, quien da rienda suelta a sus pasiones y no las juzga moralmente bajo las valoraciones de bueno o malo sino por su intensidad y exuberancia; es:

El hombre que *vive* a flor de piel, el cazador de *sensaciones* que se vuelca sin límites en la *inmediatez*, en el *instante* huidizo e irreplicable en lo que tiene de interesante o placentero, el *hedonista* que ordena su existencia al placer y al goce en toda su casi infinita gama de posibilidades, desde el goce de la vida hasta el goce de sí mismo (Colomer, 1990: 61. La cursiva es mía).

[†] Esta nota fue leída en el XIX Foro de Estudiantes de Filosofía de la Universidad de Antioquia en 2007.

* Filosofía • Universidad de Antioquia • blackandres1@hotmail.com

** O: cómo el estadio estético es desesperación.

El principal modelo de esta forma de vida es la legendaria figura de Don Giovanni, admirado por Kierkegaard en la excelsa ópera de Mozart cuando destaca su fuerza demoníaca y erotismo musical.¹

Ahora bien, conocemos los rasgos característicos del esteta, a saber: que es un cazador de sensaciones que se hallan en el instante, determinado por la inmediatez de sus pasiones y cuyo goce más fino está reservado para el momento presente, que no sobresale por el uso de su razón —aunque a veces se sirva de ella— sino más bien que se deja llevar por lo que hay de placentero, o doloroso cuando se quiere, en la multiplicidad del instante. Sin embargo, ¿cómo saber más exactamente qué es la existencia estética? Tendremos que contraponerla entonces a otro tipo de existencia pues haciendo la comparación de lo opuesto podremos saber con más exactitud en qué consiste cada una. Al respecto nos dice Kierkegaard:

Pero ¿qué es vivir de manera estética, y qué es vivir de manera ética? ¿Qué es lo estético en un hombre, y qué lo ético? A esto responderé: *lo estético en un hombre es aquello que él inmediatamente es; lo ético es aquello a través de lo cual llega a ser lo que llega a ser. El que vive en, por, de y para lo estético en él, ése vive de manera estética* (Kierkegaard, 2006: 20. La cursiva es mía).

Vemos pues el predominio de la *inmediatez* en el hombre que vive de manera estética, mientras que en la existencia ética vemos la influencia de la *reflexión* que es “aquello a través de lo cual el hombre llega a ser lo que llega a ser”. Esta oposición entre la inmediatez y la reflexión es lo que caracteriza el paso de un estadio a otro, más adelante veremos cómo se da esto. Ahora, si lo estético en el hombre es aquello que él inmediatamente es, entonces quien vive estéticamente no deviene puesto que el tiempo pasa pero él permanece siendo lo que inmediatamente es. El instante es aquello por lo cual el hombre es inmediatamente lo que es; al esteta no le queda más que refugiarse en el instante y en lo que éste lleva consigo, a saber, lo inmediato. Al ser el esteta un cazador de sensaciones que se hallan en el instante *aquello que busca se le escapa dejándole constantemente vacío* (¿cómo atrapar o hacer duradero algo en la fugacidad del instante?); disfruta del goce momentáneo y al siguiente está triste, por esto lleva en sí un profundo sentimiento de pena y congoja en su interior.

Como es sabido, hay insectos que mueren en el instante de la fecundación; eso vale para todas las alegrías: al momento de goce supremo y más suntuoso de la vida le sigue siempre la muerte (*Ibid.*: 46).

Al sentir plenamente el goce del instante y encontrar en el siguiente su muerte el esteta podría aliviar su pena al refugiarse en el recuerdo, pero al hacerlo lo recordado también se le escapa, rehúsa el instante y, en este sentido, a lo que es él mismo.

¹ Véase el capítulo titulado: “Los estadios eróticos inmediatos, o el erotismo musical”, en: Kierkegaard, Søren, (2006), *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I*, Madrid, Trotta.

Para mí nada hay más peligroso que recordar. En cuanto recuerdo circunstancias de la vida, éstas se extinguen. Se dice que la separación contribuye a refrescar el amor. Es del todo cierto, pero lo refresca de un modo puramente poético. Vivir en el recuerdo es la forma de vida más plena imaginable, el recuerdo satisface mucho más que cualquier realidad y posee la seguridad que ninguna otra realidad ofrece. Las circunstancias de la vida que se recuerdan forman entonces parte de la eternidad y ya no tienen interés temporal alguno (*Ibid.*: 57).

Aquello de permanecer siempre como lo mismo, de ser sólo lo que inmediatamente se es, este vacío producido por la búsqueda que no alcanza ningún fin, todo esto es lo que determina lo absurdo y la desesperación propia de la existencia estética. Nada tiene valor salvo el presente pero también es él su terrible condena y su desdicha.

¡Miserable destino! En vano maquillas como una vieja furcia tu surcado rostro, en vano haces ruido con cascabeles de bufón; me aburres; es siempre lo mismo, un *idem per idem*. Ninguna variación, siempre un refrito. ¡Venid a mí, sueño y muerte! Nada prometes, todo lo cumples (*Ibid.*: 54).

¿Es posible una salida para tal estado de desesperación? El esteta al darse cuenta de su condición desesperada no tiene otra opción que *desesperar de verdad*, es decir, tiene que *elegir*. ¿Qué significa esto? Desesperar no es lo mismo que dudar; la duda es sólo la desesperación del espíritu, en cambio, la desesperación es la duda de toda la personalidad. Es posible dudar sin elegir pero no es posible desesperar sin elegir pues dicho acto incluye la personalidad en su totalidad (Colomer, 1990: 62). Así, quien es consciente de que está desesperado no tiene otra opción para librarse de su condición que elegir o desesperar de verdad. Al hacer esto el hombre sobrepasa la desesperación porque ha elegido y sólo de esta manera es posible la superación del estadio estético. Si el desesperado colma la duda y se sobrepone es porque en el fondo no quería desesperar, pero una vez se desespera de verdad es porque ha elegido. Esta elección es lo que determina ya el estadio ético pues con la elección viene el deber. Al elegir el individuo se compromete con algo y al comprometerse ya existe un deber.

La existencia estética está condenada a la desdicha, a lo absurdo de la vida, al fracaso, en última instancia es tan sólo desesperación al no comprometerse con nada, al no elegir. Por lo tanto, el estadio estético está determinado por la *indiferencia* mientras que la *elección* constituye el estadio ético.

Ahora podemos plantearnos lícitamente la pregunta que es objeto de la siguiente reflexión, a saber: *¿en qué consiste la desdicha desde el punto de vista de la existencia estética?*

2

Si la pena atraviesa toda la obra de Søren Kierkegaard, entonces “El más desdichado” debe considerarse como uno de los discursos más brillantes y esclarecedores acerca de la naturaleza de las individualidades afligidas por la pena que produce la existencia. En esta “entusiasta alocución” dedicada a la asociación de los Συμπαρανεκρωμένοι² [comunidad de difuntos] Kierkegaard, o mejor dicho el Esteta, define detalladamente la naturaleza del más desdichado; además, ofrece diversos ejemplos de almas en pena cuyo descanso lo encuentran en el refugio del recuerdo o en la ilusión de la esperanza —en el caso del más desdichado no habría descanso alguno—.

Lo que pretendo de ahora en adelante es seguir de cerca la argumentación del Esteta sobre la naturaleza del más desdichado. Por esto, recorreré los diversos significados que pueda tener la inscripción “El más desdichado” en un sepulcro vacío: analizaré por qué los Συμπαρανεκρωμένοι, quienes se llaman a sí mismos desdichados, viven aforísticamente, segregados, y no deben temerle a la muerte; qué hace que el más desdichado sea una clase y no un individuo; las consecuencias de que el desdichado se encuentre ausente de sí mismo y encerrado ya sea en el tiempo pasado o en el tiempo venidero. También analizaré en qué consiste la individualidad expectante y la rememorante, qué diferencia hay entre la individualidad desdichada y la individualidad desdichada en sentido estricto, qué es lo que surge de la combinación de la individualidad expectante y la rememorante en el más estricto sentido. Finalmente, pretendo señalar la naturaleza de aquel que es digno de llamarse el más desdichado comparándolo con el más dichoso pues a través de uno es posible reconocer al otro.

El discurso del Esteta comienza con una anécdota acerca de un sepulcro en Inglaterra, en este lugar fue hallada una inscripción que decía: “El más desdichado”. Algunos curiosos se atrevieron a abrir el sepulcro para saber quién estaba dentro mas no se encontró cadáver alguno. Es natural que la circunstancia junto con la inscripción tengan múltiples significados que dependan de aquel que es afectado, así, puede resultar estremecedora o agradable. Un significado puede ser que el sepulcro se encontrase vacío porque quien lo ha encontrado es, él mismo, el más desdichado. No hay nadie allí porque precisamente estaba esperando a su dueño quien acaba de llegar. Pero, ¿qué es lo que sólo haría a este individuo el más desdichado? ¿Significaría esto que ha sido encontrado el más desdichado de todos los hombres y que ahora no habrá alguno comparado con él, así pues, el resto podría sentirse dichoso?. Obviamente no es así de fácil, pues hay y ha habido seguramente más desdichados que él. Otro significado puede ser que el sepulcro esté vacío porque quien se encontraba dentro ha resucitado, no ha encontrado el reposo ni siquiera en el sepulcro. Pero esta posibilidad incurre en el sinsentido del

² Descrita por Kierkegaard, bajo el pseudónimo del Esteta, como “una asociación que sólo conoce una pasión, a saber, la simpatía con el secreto de la pena” (Kierkegaard, 2006: 191).

caso anterior y, además, dejaría fuera del puesto a los que ya han sido desdichados alguna vez, es decir, a los muertos. Claro está que la dicha o la desdicha se dan sólo en vida pero los muertos pueden participar del título por el hecho de haber vivido. La intención del Esteta es encontrar el más desdichado entre todos aquellos que han podido ser desdichados alguna vez y esto incluye a los muertos. ¿Qué otro significado puede tener entonces la inscripción? Tal vez que el más desdichado no ha sido aún encontrado, ese “a quien las penas han mantenido en vida, ¡a quien las penas han seguido al sepulcro!” (*Ibid.*: 232).

Comienza entonces la búsqueda del más desdichado con la excusa de que así como los creyentes sienten nostalgia por el santo sepulcro, de la misma manera son atraídos los desdichados a aquel sepulcro vacío y se satisfacen con la idea de que sea para ellos mismos. Además, ¿qué importancia tiene obtener este título? Consiste en que “quien sabe a ciencia cierta que es el más desdichado no necesita temer la dicha” (*Ibid.*), es decir, no teme la muerte puesto que conoce desdichas peores como la de vivir. Pero antes de emprender la búsqueda es necesario saber: ¿Qué son, cómo son, cómo viven o han vivido los desdichados? Por esto, la asociación de los Συμπαρανεκρωμένοι dirigidos por el Esteta y quienes se llaman a sí mismos desdichados empiezan a describirse para conocer cómo podría ser la naturaleza del más desdichado. Se da inicio entonces a una clasificación para conocer quiénes son realmente desdichados:

Nosotros, cuya actividad, y voy a reverenciar la sagrada usanza de nuestra asociación, es un ensayo en la casual plegaria aforística; *nosotros, que no pensamos ni hablamos de modo aforístico sino que vivimos de modo aforístico*; nosotros que pasamos cual aforismos por la vida, ἀφορισμένοι y *segregati*, sin asociarnos con nadie, sin ser partícipes de las alegrías ni de las penas de nadie; nosotros, que no consonamos con el júbilo de la vida, sino que somos aves solitarias en la quietud de la noche, reunidos en algunas ocasiones para edificarnos mediante representaciones de la infamia de la vida, de la largura del día y de la infinita duración del tiempo; nosotros, queridos Συμπαρανεκρωμένοι, que no creemos ni en el juego de la alegría ni en la felicidad de los necios; *nosotros, que en nada creemos salvo en la desdicha* (*Ibid.* La cursiva es mía).

Ahora bien, ¿en qué consiste ese vivir de modo aforístico de los Συμπαρανεκρωμένοι y del Esteta mismo? Vivir aforísticamente implica tener la conciencia del poco valor de la existencia, de que lo único real es la desdicha. Es así que vivir de modo aforístico y segregado es una postura frente al mundo, una postura contemplativa que mueve a no participar directamente en las vicisitudes de la existencia. También es una postura estética en tanto da cuenta de la inmediatez humana, de sus pasiones, del sentimiento de hastío frente a la existencia y creencia en nada más que la desdicha. Por esto, los desdichados no temen la muerte puesto

que conocen desdichas peores, “en primer lugar y por encima de todo —vivir” (*Ibid.*). Sin embargo, esto no quiere decir que el sepulcro esté vacío porque el más desdichado sea aquel que no pueda morir, que está condenado a vivir eternamente pues sus penas no lo dejan descansar ni en la vida ni en la muerte y, por lo tanto, que el dichoso sea el que muera lo más pronto posible como ha dicho el gran poeta griego Teognis de Mégara:

De todas las cosas la mejor es no haber nacido
ni ver como humano los rayos fugaces del sol,
y una vez nacido cruzar cuanto antes las puertas del Hades,
y yacer bajo una espesa capa de tierra tumbado.³

Si así fuera, entonces todos seríamos dichosos puesto que tarde o temprano vamos a morir pues “la muerte es la dicha común a todos” (*Ibid.*: 233) y por ende no habría desdichado alguno. La realidad es que el desdichado sabe que en algún momento va a morir y, sin embargo, sigue siendo desdichado; precisamente es su propia desdicha en vida lo que hace que no le tema a la muerte. Además, si el hombre no naciera ni siquiera podría ser desdichado, para la dicha o la desdicha es necesaria la existencia. Así pues, habrá que seguir buscando al más desdichado pero ahora sabemos que están excluidos el dichoso y aquel que teme a la muerte.

Hay que prepararse contra el embelesamiento del oído para hacer de “dignos jueces y combatientes” al momento de otorgar el sepulcro al más desdichado y sus alrededores a los verdaderamente desdichados, “¿pues qué otra voz es tan lisonjera como la del desdichado, tan embaucadora como la del desdichado cuando habla de su propia desdicha?” (*Ibid.*). Si se escuchara cada individualidad desdichada se estaría tentado a otorgarle el puesto de honor por mera compasión. Sin embargo, no cabe duda de que si tales individualidades se reunieran en grupos identificados por desdichas comunes se hallaría toda una clase de desdichados, con lo cual se lograría un juicio más objetivo al momento de otorgar el premio de ser el más desdichado. Por esta razón, el título ha de pertenecer a una clase de desdichados y no a una individualidad desdichada ya que ella por sí sola no puede alcanzar tan alto reconocimiento. Es en este sentido que el más desdichado no debe ser un individuo sino toda una clase pues, de lo contrario, su búsqueda sería infinita y carente de algún criterio estable. De manera que el aspecto del más desdichado como clase obedece a una necesidad práctica.

³ Versos 425-428 (García Gual, 2001: 75).

Si bien las penas de cada individuo son particulares y no se encuentran de la misma forma en otro, hay empero rasgos frecuentes como que unos se refugian o bien en el recuerdo, o bien en la esperanza, o puede que no encuentren descanso alguno. Precisamente aquel que vive en el recuerdo o en la esperanza hasta el punto de perder todo contacto con la realidad o el presente se encuentra *ausente de sí mismo*, por esto es un desdichado.

El Esteta le debe a Hegel el haber descrito “la conciencia desdichada”. Ésta no debe entenderse como si el desdichado fuera en algún momento conciente de su propia desdicha, es más bien como una individualidad que está siempre ausente de sí misma por encontrarse en un tiempo pasado o en un tiempo futuro, nunca en el presente. En esto consiste la fuente de su desdicha, en que siempre su ser propio está de algún modo fuera de sí. Hasta aquí hace el Esteta la referencia a Hegel puesto que no quiere contemplar las cosas sólo desde lejos, como lo hace un filósofo, sino observar de cerca las diversas etapas de la individualidad desdichada.

El tiempo pasado y el tiempo venidero entre los que se encuentra la individualidad ausente de sí misma coinciden con la individualidad rememorante y la individualidad expectante. Por individualidad entiendo un individuo concreto y determinado, es decir, autoconciente. Pero en el caso del desdichado, el individuo o la conciencia en tanto expectante o rememorante se halla ausente de sí misma y no puede ser conciente de su estado, es decir, autoconciente. De esta manera, cuando se habla de la individualidad rememorante me imagino una conciencia que no puede volverse sobre sí misma ya que se hace presente en el recuerdo, al hallarse fuera de sí no puede ser conciente de su situación. Por otra parte, al hablarse de la individualidad expectante me imagino una conciencia que no puede volverse sobre sí misma ya que se hace presente en la esperanza; ambas son conciencias desdichadas, es decir, permanecen ausentes de sí mismas. Estos rasgos son con lo que se puede reconocer fácilmente una individualidad desdichada, aquella que *vive* en el pasado o en el tiempo venidero mas nunca en el presente, sin embargo, no son lo necesario para llamar a una individualidad desdichada en sentido estricto. *Al hacerse presente* ya sea en la esperanza o en el recuerdo puede decirse de una individualidad que, en cierto sentido, es desdichada. En cambio, lo que caracteriza a la individualidad desdichada en sentido estricto es que *no se hace presente* ni en la esperanza ni en el recuerdo.

Ahora bien, veamos en detalle cómo es la naturaleza de la individualidad desdichada. Cuando, por ejemplo, la individualidad expectante no se hace presente a sí misma en la esperanza acaba por ser desdichada en sentido estricto. El Esteta nos da el siguiente ejemplo: cuando un individuo espera la vida eterna es en cierto sentido una individualidad desdichada porque renuncia a lo presente, mas no es una individualidad desdichada en un sentido estricto porque el individuo se hace presente a sí mismo en esa esperanza, tiene realidad para esa individualidad y

no entra en pugna con los momentos particulares de la finitud. En cambio, si el individuo no logra hacerse presente a sí mismo en la esperanza sino que la pierde, la recupera y así sucesivamente, entonces está ausente de sí mismo tanto en el tiempo presente como en el venidero. Ésta es una individualidad desdichada en sentido estricto. Vemos ahora que lo que caracteriza al desdichado es que no se halla en el tiempo presente, se mantiene ya sea recordando o esperando. Lo que sucede con el desdichado en sentido estricto es que no se halla presente a sí mismo ni siquiera en el recuerdo o en la esperanza. Por lo tanto, lo que distingue al desdichado del desdichado en sentido estricto es la realidad que debe tener, para que se haga presente en la individualidad expectante o rememorante, ya sea el tiempo venidero o el tiempo pasado. En uno, esa realidad se da pero no en el presente lo cual lo hace desdichado; en el otro, ni siquiera se da esa realidad y por eso es desdichado en sentido estricto. En otras palabras, para que la individualidad expectante llegue a hacerse presente en el tiempo venidero éste debe cobrar realidad para ella; para que la individualidad rememorante llegue a hacerse presente en el tiempo pasado éste debe haber tenido realidad para ella. Estas son individualidades desdichadas puesto que están ausentes de sí mismas en cuanto no se hacen presentes en el tiempo actual sino en el pasado o en el futuro. Sin embargo, es necesario aclarar que no están presentes estrictamente en el pasado o en el futuro puesto que el recuerdo o la esperanza carecen de la realidad que tiene el presente. Ahora bien, “cuando la individualidad expectante se pone a esperar un tiempo venidero que, muy a su pesar, no puede cobrar realidad alguna para ella, o la rememorante se pone a rememorar un tiempo que no ha cobrado realidad alguna, *entonces tenemos las individualidades propiamente desdichadas*” (*Ibid.*: 235. La cursiva es mía). Obviamente se puede pensar que lo primero es una locura, ¿cómo se va a esperar algo que no se puede alcanzar? Pero esto también es cierto, pasa cuando una individualidad habiendo perdido la esperanza no se vuelve una individualidad rememorante sino que se propone seguir siendo expectante. Lo mismo pasa en el caso en que una individualidad al no tener nada que rememorar no se convierta en expectante sino que continúa siendo rememorante, he aquí una formación propia de desdichados. El ejemplo que da el Esteta para este caso es el siguiente: un hombre que no hubiese tenido infancia debido a que esta época no obtuvo un significado propio para él, pero resulta que se ha vuelto maestro de niños y descubre lo bello e inocente de este período. Desea obviamente rememorar su propia infancia y sin duda no puede, éste sería un caso propiamente desdichado.

Es una paradoja el hecho de que lo que nos hace muy dichosos en algún momento de nuestras vidas resulta ser precisamente lo que en otro momento más daño nos hace. El amor es el mejor ejemplo de cualquier clase de desdichado —mantener los beneficios de este dios es sin duda un arte—, pues, por un lado, pongo el caso de un individuo que se enamora varias veces, con cada nuevo amor que llega a su vida reconoce cosas diferentes que llenan ciertos gustos particulares.

Un día, descubre que no se halla completamente a gusto y que su verdadero amor fue sólo el primero, comienza a recordar esos dulces momentos permeados por un amor sincero e incomparable al resto de juegos que ha tenido. Resulta que ese primer amor ya lo ha perdido para siempre y, en vista de las decepciones que ha tenido con las que ha esperado que lo fueran, no tiene más opción que recordarlo y echarse a la pena. Esto lo haría un desdichado, pero si de pronto surge en él algo que le dice que siga esperando a alguien que le colme el corazón como lo hizo el primer amor —y él sabe que no habrá alguien igual al primer amor— se ha vuelto entonces un desdichado en sentido estricto. Por otro lado, pongo el caso de un individuo que conoce a una mujer y ha decidido tener una relación con ella, en su mente se la imagina como la mujer ideal, la madre de sus hijos, la mujer con la que quisiera formar un hogar. Pero resulta que tal mujer no se parece en nada a lo que tenía en mente, no era lo que esperaba, tenía otros planes para su vida. Entonces, el individuo decide forzar la realidad y quiere que su ideal coincida con ella puesto que realmente se ha enamorado. Lo que lo hace desdichado es que está enamorado de una imagen, cuando la recuerda se enamora aún más pero la realidad no concuerda con lo que hay en su mente. Podría esperar a que llegara otra mujer y echarse así al consuelo de la esperanza, pero lo que lo hace estrictamente desdichado es precisamente que no espera que otra mujer llegue a su vida y coincida con su representación. En éste caso, parece que el individuo simplemente se decepciona, no ha conseguido aún lo que quiere pero puede conservar la esperanza de hallarlo después en otra parte; mientras que en aquél, la decepción va acompañada de dolor puesto que lo que quiere no puede volver y así regresara nunca sería igual. Por este motivo dice el Esteta que “el recuerdo es, de preferencia, el elemento propio de los desdichados” (*Ibid.*). Pues el tiempo venidero parece estar más cerca del presente que el pasado, ya que el tiempo pasado tiene la propiedad de ser pretérito y el venidero de estar por venir, de tal suerte que es más fácil concebir el tiempo venidero como más cercano al presente puesto que aún no ha pasado. De todas formas lo que resulta cierto es que el recuerdo es el elemento propio de los desdichados, las desdichadas individualidades expectantes no tienen ese algo doloroso que tienen las rememorantes, pues lo de las primeras se parece más bien a una decepción mientras que el dolor de las otras es inexorable, irreversible y ya se ha vivido en carne propia. En esto radica ese algo doloroso que hay en las desdichadas individualidades rememorantes.

Así pues, el más desdichado ha de ser buscado sólo entre las desdichadas individualidades del recuerdo. Ahora, para hacer éstas individualidades más desdichadas aún, que tal si la combinamos con la individualidad expectante en el más estricto sentido para ver si con esto logramos hallar finalmente al más desdichado. Si la individualidad expectante no podía hacerse presente a sí misma por la esperanza y la rememorante no podía hacerse presente a sí misma por el recuerdo, entonces, de la combinación resulta: que la individualidad expectante ya

no puede hacerse presente por la esperanza sino por el recuerdo y la rememorante ya no puede hacerse presente a sí misma por el recuerdo sino por la esperanza. Por un lado, espera lo que debería rememorar, su esperanza se decepciona continuamente y el desdichado descubre que no se debe a que la meta quede aún más lejos sino que se ha quedado atrás, que ya ha sido vivida y debería entonces recordarse. Por otro lado, rememora lo que debería esperar, lo venidero ha sido asumido ya en su pensamiento, lo ha vivido en él y esto lo rememora en vez de esperarlo. *En otras palabras, el más desdichado ha vivido lo venidero sin haber vivido lo pasado.*

El más desdichado “no conoce sosiego alguno y carece de todo contenido, no es presente a sí mismo por el instante, ni presente por el tiempo venidero, pues lo venidero ha sido vivido, ni por el tiempo pasado, pues lo pasado todavía no ha venido” (*Ibid.*: 237). El más desdichado no está vinculado al tiempo presente, no tiene precedente alguno por el cual sentir nostalgia pues aún no ha venido, no tiene un porvenir en el cual confiar pues su porvenir ya ha sido vivido. Esto es, concretamente, lo que significa que al más desdichado aquello que le impide hacerse presente por su esperanza es el recuerdo y aquello que le impide hacerse presente por el recuerdo es la esperanza; espera lo que debería rememorar o rememora lo que debería esperar y la consecuencia de esto *es que ha vivido sin haber vivido*. Este estado es como para volverse loco pero el desdichado no lo hace y es precisamente eso su desdicha. El más desdichado no puede envejecer pues nunca ha sido joven, lo pasado no ha venido; no puede rejuvenecer pues ya ha envejecido, lo venidero ha sido vivido; en cierto modo no puede morir pues no ha vivido; en cierto modo no puede vivir pues ya está muerto. Además, el más desdichado “no puede amar pues el amor es siempre presente y él no dispone de tiempo presente alguno, ni venidero, ni pasado” (*Ibid.*: 238).

Esta es, a grandes rasgos, la naturaleza del más desdichado. Aquel con un solitario dolor, incomprendido, carente de amor, cuya pena es infinita, ausente de sí mismo, sin presente, sin pasado y sin futuro; aquel que no teme a la muerte precisamente porque conoce desdichas peores —la de vivir—. Y a su vez, la muerte no lo hace dichoso, no existe nada que pueda aliviar su pena eterna. Es “el enviado del reino de los suspiros, el privilegiado protegido de los sufrimientos, el apóstol de la pena, el callado amigo del dolor, el desdichado amante del recuerdo, confundido en su recuerdo por la luz la esperanza, desengañado en su esperanza por las sombras del recuerdo” (*Ibid.*: 240). De esta manera se ha hallado el más desdichado, ahora sabemos cómo es, conocemos sus pasiones y sus más infinitos dolores. Pero sólo es posible conocerlo de una forma indirecta pues el más desdichado al estar ausente de sí mismo no es conciente de su estado, es incapaz de explicar la causa de su propia pena. Por lo tanto, sólo es posible conocerlo a través del más dichoso en tanto que representa todo lo contrario, a saber, aquel que tiene la capacidad de vivir el presente, que recuerda el pasado como lo que ya ha pasado y espera lo venidero como lo que está por venir. En otras palabras,

“sólo aquella individualidad que está presente en sí misma es dichosa” (*Ibid.*: 234). Puede decirse que el más dichoso no quiere dejar de vivir pues así como el más desdichado conoce desdichas peores que la muerte y por eso no le teme, así el más dichoso no conoce dicha mayor que la vida y por eso no quiere dejar de vivir. Además, el dichoso puede amar y ser amado ya que vive el presente.

De manera que debemos preguntarnos: ¿Por qué no somos todos dichosos de una vez? Porque en este mundo no es posible, porque una cosa no es nada sin su contraria. Sólo es posible el reconocimiento de la clase del más desdichado a través de la existencia de la clase del más dichoso y viceversa. Pues como dice el Esteta: “¿qué es el más dichoso sin el más desdichado? Y ¿qué es la vida sino demencia, la fe sino locura, la esperanza sino un aplazamiento y el amor sino vinagre en la herida?” (*Ibid.*: 241). Si es posible que alguien no esté ausente de sí mismo es porque hay otro completamente fuera de sí con el cual no se identifica, aquel que está absorto ya sea en las sombras del recuerdo o en la luz de la esperanza o, más desdichado aún, cuyas penas no lo dejan vivir en el presente y hacen que lo venidero ya haya sido vivido y que lo pasado todavía no haya venido. De la misma forma en el amor, el dichoso puede gozar de sus frutos y de la pasión con que maquilla la existencia mientras que el desdichado no se encuentra en la capacidad de amar y lo único que encuentra son desventuras, aferrarse al pasado o mantener una esperanza. De esta manera, la condición de posibilidad del más desdichado se halla en el más dichoso y lo mismo ocurre al contrario.

Bibliografía:

- Colomer, Eusebi, (1990), *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger. El postidealismo: Kierkegaard, Feuerbach, Marx, Nietzsche, Dilthey, Husserl, Scheler, Heidegger*, III, Barcelona, Herder.
- García Gual, Carlos, (2001), *Antología de la poesía lírica griega (siglos VII-IV a.c.)*, Madrid, Alianza.
- Kant, Immanuel, (2003), *Crítica de la razón pura* (Manuel García Morente y Manuel Fernández Núñez, trads.), México, Porrúa.
- Kierkegaard, Søren, (2006), *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I*, Madrid, Trotta.